

La niña más linda del mundo

La niña más linda del mundo nació y vivía en Carmen de Bolívar, pueblo de calles destapadas, calor infernal, sin acueducto en funcionamiento, casas deprimidas, gente envejecida, sonrisas desdentadas, semanas violentas y fines de semanas sangrientos, con olor a vallenato, alcohol y sangre.

Ahí vivía la niña más linda del mundo, la hija menor de dos sencillos trabajadores del hospital regional Montecarmelo y sí, era linda: tenía la piel blanca como porcelana, como muy rara vez se ve por esa región, su pelo era negro ondulado, brillante y abundante. Su cara recordaba la inocencia de una virgen, su mirada y su más mínima sonrisa lograban avergonzar, pero transmitía también algo de tranquilidad, de paz. Era dulce e inteligente y a sus casi 9 años prefería conversar con adultos a jugar, como la mayoría de niños en su edad.

La niña más linda del mundo era el orgullo de sus padres, pues se hablaba tanto de su belleza y de su aura virginal que no sólo era constantemente requerida para hacer representaciones de la virgen María en la iglesia durante navidad y semana santa y como pajecita en los matrimonios del pueblo, sino que pobladores de pueblos y corregimientos vecinos venían de excursión al Carmen de Bolívar, sólo a conocer a la niña más linda del mundo, como empezaron a llamarla desde sus primeras apariciones en público.

Ella solía llevar casi siempre vestidos elegantes con muchos encajes pues había participado tantas veces como pajecita en matrimonios y había hecho tantas representaciones de la virgen que su madre prefería hacérselos llevar días normales, para que pudiera aprovecharlos antes de que creciera y no los pudiera llevar más. Esta vestimenta desde luego aumentó más la curiosidad hacia la niña más linda del mundo.

Pero un día la niña más linda del mundo tuvo que ser llevada al mismo hospital donde trabajaban sus padres y donde también trabajaba yo, porque le dio una fiebre repentina de 38 grados. La fiebre le fue tratada inicialmente como un virus común o un resfriado, y la devolvieron a su casa, con la recomendación de tomar muchos líquidos y guardar quietud. Los padres siguieron las indicaciones al pie de la letra, pero al día siguiente,

cuando la fiebre no cedía y al contrario se elevó a 40 grados, la llevaron nuevamente al hospital. En esta ocasión los médicos decidieron tratar la muy posible infección bacteriana con antibióticos y dejarla hospitalizada para mantenerla en observación. Después de 24 horas de antibioterapia sin resultados positivos y después de que su cuadro general hubiese empeorado, los exámenes realizados, entre ellos una dolorosa punción lumbar, confirmaron que la niña más linda del mundo estaba siendo atacada por terribles meningococos y que el diagnóstico era meningitis aguda, enfermedad que puede causar la muerte de manera fulminante o en pocas horas, si no se trata de inmediato y de manera efectiva.

Después de la confirmación de este terrible diagnóstico su traslado a un hospital de mayor complejidad era necesario e inminente, pues se requería no sólo de un tratamiento más complejo sino de cuidados intensivos y de aislamiento por riesgo de propagación de la infección. El hospital al cual debía ser trasladada era al Universitario de Cartagena, aproximadamente a 250 kilómetros de distancia del Carmen de Bolívar, pero para el traslado se requería de una ambulancia que tuviera equipo de monitoreo y de reanimación. Sin embargo la única ambulancia con que contaba el hospital estaba en reparación, razón por la cual la mitad del personal del hospital, solidarizados con los padres y con la niña, en vez de hacer guardia en sus respectivos puestos de trabajo, se fueron a hacer guardia enfrente del taller donde estaba siendo reparada la ambulancia, para apresurar el traslado. En el hospital la niña convulsionaba, empezaba a delirar y la meningitis había ya tomado posesión de su cuerpo desde hacía 48 horas.

Pero superada la dificultad en el taller de mecánica, se presentó otra dificultad: la ambulancia no tenía gasolina y según el reglamento del hospital sólo con una autorización del director se podrían costear los gastos de la gasolina, la cual era suministrada sola y exclusivamente por una de las estaciones de servicio del pueblo. Era sábado a medio día y el director se encontraba fuera y había anunciado regreso lunes por la mañana.

Mientras tanto muchas personas entre amigos, familiares, conocidos, o simplemente gente del pueblo empezaron a agolparse enfrente del hospital, en espera de noticias sobre la salud de la niña, y al enterarse de la absurda regla de la gasolina, amenazaron con

atacar a piedras el hospital si la ambulancia no salía de una buena vez. Entonces llegaron de alguna parte los galones de gasolina y llegó el conductor de la ambulancia, quién tuvo que ser recogido en una de las cantinas del pueblo, donde había estado tomando ron desde el día anterior.

La gente se calmó, la ambulancia esperaba enfrente del hospital, al conductor se notaba sobrio y quizá por el susto de la gente enardecida, sin rastros de resaca. Entonces, cuando los encargados de trasladar a la niña a la ambulancia llegamos a su habitación, empezamos casi a brincar de alegría porque, la niña había dejado de convulsionar, no tenía fiebre, lucía tranquila con una pequeña sonrisa que se enmarcaba en su rostro y descansaba apaciblemente sumida en un profundo sueño. Pero nuestra alegría duró sólo un par de segundos, no había ocurrido ningún milagro. La niña más linda del mundo había cerrado sus ojos pero para siempre y así se despidió de la vida el mismo día que cumpliría 9 años de edad.

El pueblo entero lloró, su entierro fue el más concurrido que se pueda recordar, sus padres abandonaron deprimidos el Carmen de Bolívar, y hoy, 15 años más tarde, el pueblo no tiene aún suministro de agua potable y el hospital sólo sigue teniendo una ambulancia, la misma que nunca pudo trasladar a la niña más linda del mundo.